

---

# *Los contextos de la República federal*

Armando González Escoto

UNIVA

Vivir en sociedad es exigencia de la naturaleza humana, somos gregarios, pero este gregarismo no nace ni se perpetua por medio de grandes conglomerados, sino de pequeñas células; es como si el cuerpo social fuera un símil del cuerpo individual donde la fortaleza y salud de cada célula es condición de la salud de todo el organismo, y donde cada órgano desempeña una función propia e insustituible. Los pequeños asentamientos tribales de los orígenes son el modelo de toda sociedad, lo mismo en la edad prehistórica que en el siglo XXI.

No obstante, el gregarismo tribal pronto generó una dinámica homogeneizadora por la cual diversas tribus más o menos afines vieron la conveniencia de unirse o fueron forzadas a hacerlo, con lo cual surgieron las primeras comunidades cosmopolitas, siempre retadas a conservar su identidad o a fundirse en el conjunto.

A diferencia del origen gregario, celular, que es de orden natural, la creación de los grandes conglomerados, no de los pequeños, es artificial, tiene que ver con intereses transitorios o proyectos ideológicos, como sería crear macro organismos belicosos que garanticen el poder, el dominio, la ganancia y, en el afán de obtener estos beneficios, las diversas tribus se unan, como sucederá en el caso de Israel y sus doce simbólicas tribus, pero sobre todo en los procesos de hegemonización que unieron el Alto y

el Bajo Egipto, o que dieron lugar al primer imperio chino o al persa.

Alejandro Magno tuvo la misma megalomanía, pero fue Roma la que mejor entendió, al igual que China, la manera efectiva en que funcionan los imperios, es decir, integrando fuerzas, no fundiéndolas; integrando identidades, no desconociéndolas; respetando las diversidades, no aplanándolas.

Para que en México, un país tan férreamente centralizado, pudiéramos entender y recuperar esta visión originaria, debieron pasar más de cien años antes de que un singular personaje de nuestra historia de las ideas, volviese a reclamar los derechos de la micro historia, frente a las historias nacionales megalómanas, como bien lo hacía notar don Guillermo García Oropeza, citando a don Luis González y González.<sup>1</sup>

Entender la justicia de este reclamo nos lleva a indagar en dos realidades previas que no conviene ignorar: la forma en que se fue construyendo el imperio español en España, y la forma en que vivían las comunidades indígenas en América.

Las grandes fuerzas civilizadoras, si vale la expresión, fueron mayas, teotihuacanas y quechuas, pero erraríamos si las pensamos como naciones únicas al estilo ideológico del siglo XIX. Se trataba más bien de confederaciones dinámicas y móviles de ciudades-estado, que intercambiaban mercancías y conocimientos, defensa u ofensivas en un determinado momento. Una relación tributaria existió de igual modo, casi siempre impuesta y todo el tiempo detestable.

Los pueblos que habitaban el actual territorio mexicano, en el siglo XVI, eran todo, menos un imperio, se mantenía una fuerza ofensiva de hegemonización por parte del cacicazgo mexicana, cuyo poder se debilitaba muy pronto en el occidente, era siempre debatido en el centro, y más débil hacia el este y hacia el sur, donde topaba con el poderoso mundo maya. No obstante, antes de los mexicas, los teotihuacanos habían ejercido influencia en los conflictos habidos entre Tikal y Kalakmul, que favorecieron a Nakum.

1. Guillermo García Oropeza. *Jalisco, una invitación a su microhistoria*. Guadalajara: Banca Promex, 1990, p. 15.

Indiscutiblemente, la fuerza de las lenguas era el poderoso cimiento de sus identidades, pero igualmente la experiencia común de una peculiar historia tribal. Las coincidencias advertidas favorecían las federaciones, pero no a costa de renunciar a su propio origen heredado; en el plano religioso, adoraban a los mismos elementos, pero con distinto nombre, y hacían surgir sus orígenes de mitologías distintas.

Estas diferenciaciones históricas, tan vivas y permanentes en los diversos pueblos que habitaban el valle de México, impidieron que los aztecas, llegados en el siglo XIV d.C., los disolvieran o difuminaran, con mayor razón tratándose del gran cacicazgo de Tlaxcala, en el vecino valle de Puebla.

En España, la diversidad de las tribus ibéricas no fue suprimida con la llegada del imperio romano, ni siquiera con la invasión de las tribus germánicas, o la posterior invasión musulmana, este último hecho federaba una y otra vez a los reinos cristianos arrojados hacia los Pirineos, en su lucha por reconquistar su tierra.

En esta lucha se consolidaron reinos tan importantes como el condado de Barcelona, Asturias, Aragón, León, Zamora, Castilla, Navarra y, al final de la guerra, Andalucía. Luchas intestinas, matrimonios políticos, alianzas contra terceros, constituyen siete siglos de la historia de España en vísperas de la novedad americana, pero siete siglos de lucha que no fundieron ni atentaron contra las identidades ibéricas, pareciera más bien que las fortalecieron para poder llegar al siglo XVI con voz y voto.

La final confederación de los reinos de España, en las coronas de Isabel y Fernando, planteó el dilema del gobierno: ¿Qué modelo seguir? ¿El de Castilla o el de Aragón? Ese mismo dilema se planteó nuevamente con la independencia de México a partir de 1821, sólo que el dilema ahora era ¿federalismo o centralismo? Hasta el día de hoy y pese a lo que diga la Constitución, el dilema se mantiene como un combate de fuerzas antagónicas que no pierde vigor.

2. Carlos Alvear Acevedo. *Elementos de Historia de México*. México: Jus, 1963, pp. 181 y 182.

3. José I. Rubio Mañé. *El Virreinato de la Nueva España*. México: FCE, 1983, t. 1, p. 10.

Un historiador del siglo xx, Carlos Alvear Acevedo, afirmó que el federalismo dividió lo que ya estaba unido, afirmación sin duda hecha desde el propio siglo xx que perdía de vista un notable conjunto de hechos.<sup>2</sup> También se ha dicho que el federalismo no es sino una copia pirata del sistema vigente en el vecino país del norte.

Es verdad que nuestros ideólogos del México apenas independiente no inventaron la República federal; trataron más bien de hacer una copia de la que ya existía en Estados Unidos, pero este intento no era meramente mimético, tenía antecedentes y condiciones más allá de Estados Unidos, que vale la pena recordar.

Dejando de lado la cuestión prehispánica, volvamos a ubicarnos en el dilema español, precisando que la solución que se le dio no fue disyuntiva sino conjuntiva. Se mantuvo el modelo aragonés, más abierto al significado de la expansión geográfica que había experimentado en el gobierno de Sicilia, pero también el modelo castellano, en sus respectivos territorios. En América, se utilizaron los dos modelos bajo el sistema de virreinos y audiencias. El virreinato había sido la solución final de Aragón para el gobierno de sus territorios insulares. La audiencia castellana era el sistema de gobierno de las autonomías peninsulares.<sup>3</sup>

El primer sistema de gobierno exportado por España hacia América fue el virreinato, de hecho, Cristóbal Colón tenía ese nombramiento, pero si este esquema hacía presentes las prerrogativas del monarca en estas distantes tierras, la pronta instalación de las audiencias correspondía a la defensa y atención de las necesidades regionales de los colonos españoles y de sus asentamientos. Así, mientras que el virreinato aseguraba la sujeción a la monarquía, la audiencia creaba las condiciones necesarias para el desarrollo natural de las comunidades establecidas, pero como éstas no se correspondían necesariamente con una determinada autonomía española, gente de diverso origen debió convivir identificándose paulatinamente bajo una nueva denominación, la

del criollo, independientemente de que en España fueran extremeños, andaluces, castellanos, vizcaínos o aragoneses.

España, por otra parte, ni uniformó ni nulificó las identidades indígenas, sino que las conservó y las protegió, al menos idealmente, con un vasto código de leyes dentro de una estructura territorial llamada “la república de indios”, en la cual cada raza mantuvo cuanto pudo conservar de su origen cultural.

Luego de diversos intentos por resolver el hecho de las muchas lenguas, se calculan unas 85 con sus respectivos dialectos, la necesidad de facilitar la comunicación y, por supuesto, el dominio llevó a una búsqueda nunca lograda de uniformación lingüística, que curiosamente no alteró las identidades étnicas, hasta el momento actual sigue habiendo wixárikas, mayos, tarahumaras, tzotziles, purépechas, otomíes, etc., hablen o no español. En tanto, las comunidades criollas dieron al castellano una específica entonación a tenor de las regiones donde se desarrollaron a la vez que integraban nuevos vocablos, sea de origen indígena o como consecuencia del desarrollo de las sociedades.

De esta suerte, el virreinato de la Nueva España dio espacio a las audiencias de México, Guadalajara y Guatemala, con sus respectivas repúblicas de indios. Dentro de cada una de estas estructuras políticas, crecieron y se desarrollaron nuevas identidades bajo el impulso de sus autonomías regionales, estamos en los orígenes de la diversidad cultural del actual México y, por ende, en la explicación natural de su estatuto federal.

### Regionalidades y *federalismo*

En lo que respecta específicamente al noroccidente de México debemos considerar algunas cuestiones significativas. En primer lugar, en esta zona se ubican comunidades originarias que ni se sometieron a España, ni se han sometido al gobierno mexicano, sino que siguen siendo a despecho de los siglos wixárikas, coras, tepehuanos, etcétera.

4. Salvador Sigüenza Orozco (coord.). *Cuaderno para el docente. Historias regionales en Oaxaca*. México: CIESAS, 2017, p. 112. <https://www.oaxacaeneltiempo.org> consultado 3 noviembre 2023.

Por razones históricas pervive otra zona de predominancia criolla que por siglos no se mezcló. Habitan el sur y poniente comunidades indígenas de cultura mestiza y un valle que a lo largo del tiempo ha sido el crisol del mestizaje tanto racial como cultural: el valle de Atemajac.

Todo este conjunto de identidades diversas estará bajo la conducción de liderazgos autonomistas por origen histórico, condiciones geográficas, necesidad y conciencia durante todo el periodo virreinal, permitiendo que el arraigo a la propia tierra y el desarrollo de múltiples costumbres compartidas en todos los campos, fructificara en *regionalidad*, incluso en un crisol de *regionalidades*, como bien explica Salvador Sigüenza Orozco al hablar de regionalismos en Oaxaca.<sup>4</sup>

Bajo estos parámetros tendríamos que considerar que el virreinato preparó consistentemente un terreno fértil para una nueva forma de organización ahora denominada federal, sin ignorar por ello el ejemplo vecino de Norteamérica, el cual, frente a la diversidad étnica y religiosa de sus primeras colonias del Atlántico, consideró el federalismo su mejor opción.

Nos hace falta un estudio más a fondo acerca del desarrollo que tuvo la sociedad novohispana de la ciudad de México, el criollismo capitalino en particular, para entender el porqué de su apuesta por el régimen centralista, sobre todo considerando que es el sistema que se ha impuesto en el país pese a su federalismo legal.

Una ruta de respuesta sería el análisis de los regionalismos exacerbados que llevan a querer imponer a todos la propia cosmovisión, no exenta de los intereses de poder y riqueza que el centralismo conlleva. Bajo esta luz todos los demás argumentos serían pretextos, así el tema de garantizar la unidad nacional frente a las invasiones extranjeras, pues ya desde antes de la independencia y de tales invasiones, los criollos de la ciudad de México tendían al centralismo interesado, como se advierte en su oposición permanente al

desarrollo de las demás regiones virreinales, a las que les costó mucho trabajo tener su propia aduana, consulado de comercio o su universidad, de hecho fueron sólo dos regiones de la Nueva España las que lograron permiso para abrir su propia universidad, fortaleciendo así sus autonomías: Mérida y Guadalajara, que fue la que más tardó. Sin embargo, el debate nunca ha sido acerca de la unidad, en la que todos han estado de acuerdo, al menos de palabra, sino del uniformismo que aplana las identidades culturales y desangra las potencialidades regionales en provecho del centro, lo cual nos lleva a otro contexto: la ideología nacionalista.

Tampoco en este punto fuimos originales, el nacionalismo como ideología surge al fracturarse la cosmovisión europea de “cristiandad”, fenómeno acompañado de procesos lingüísticos y geográficos que se venían dando desde la baja Edad media y que afloran paulatinamente entre los siglos xiv y xv. Portugal, Inglaterra y Francia serán pioneros en esta nueva construcción más o menos artificial, Alemania la última en llegar y tal vez por eso su nacionalismo fue tanto más fanático y agresivo, pues le llevó a tres guerras, primero contra Francia y después a las dos guerras mundiales del siglo xx. Este nacionalismo de la lengua y, sobre todo, de la raza, produjo acciones genocidas ya a fines del siglo xix en las colonias africanas alemanas, después fomentó la eugenesia en su propia tierra, antes de la primera guerra mundial, y vino luego el genocidio contra gitanos, judíos y cuanta persona se les opusiera durante el nacionalsocialismo nazi.

Los ideólogos mexicanos, liberales y conservadores, fueron arrastrados por esta corriente y la constituyeron en la piedra angular del centralismo así como en el mejor pretexto para combatir, debilitar o simplemente ignorar el sistema federalista. Pero era justamente en México, y en la mayoría de los países latinoamericanos, donde este nacionalismo a la europea resultaba más fantástico ¿Cuál unidad racial? ¿Cuál color único de piel? ¿Cuál complejión física dominante? Y porque ni siquiera compartimos el mismo origen,

5. Gabriel Rodríguez Martín del Campo. *Historia razonada de México*. México: Jus, 1988, p. 171.

6. Mario Aldana Rendón. *Independencia y Federalismo, discursos jaliscienses del siglo XIX*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1985.

7. Ignacio Dávila Garibi. *Apuntes para la historia de la iglesia de Guadalajara*. Guadalajara: Cultura, 1966, t. v, vol. II, p. 1140.

la misma historia, hubo que imponer a todos los estados supuestamente “federados”, la historia de la ciudad “capital”, aunque como federación no tenemos oficialmente una “ciudad capital”. Así fue que todas las etnias de estas tierras, junto con africanos, mestizos y criollos, acabaron volviéndose aztecas. Ese es el mundo de la ideología, de la invención de realidades imaginarias, que las colectividades se creen aunque se estén viendo en un espejo.

También es verdad que ha sido complejo entender qué es lo que realmente significa “federalismo”, lo mismo en el siglo XIX que en el XXI. No pocos defensores oficiales del sistema federal en realidad no sabían de qué estaban hablando, como por ejemplo el ubicuo general Antonio López de Santa Anna, que gobernaba al más puro estilo centralista, pese a blandir la bandera federal.<sup>5</sup>

Ni duda cabe que el nacionalismo ideológico centralista, político, cultural y religioso tuvo un grave impacto en la conservación de las identidades regionales que el federalismo trataba de conservar, era el as bajo la manga que los centralistas, aun con la bandera federal, sobre todo como Porfirio Díaz, supieron manejar con destreza.

Por lo mismo llama la atención que distinguidos jaliscienses del siglo XIX, nuestro hipotético siglo federal, desarrollaran un discurso tan profundamente centralista,<sup>6</sup> y que habiendo heredado una identidad religiosa tan fuerte y tan original, ésta acabara pasando a un lugar secundario bajo la aplanadora del guadalupanismo impuesto tanto por el Estado como por la propia Iglesia, particularmente a partir de la independencia,<sup>7</sup> acción irreflexiva invariablemente justificada por la pretendida unidad nacional que siempre fue uniformismo en favor del dominio centralista del país.

Defender el sistema federal hoy día no resulta tan meritorio como fue hacerlo en el siglo XIX, justo frente a la avalancha de los nacionalismos ideológicos; en este punto, Roberto Blancarte tiene razón cuando afirma que:



En las últimas décadas del siglo xx y la primera del xxi, México ha dejado paulatinamente de ser un país que pretende fortalecer su cultura e identidad nacional, en singular, y ha comenzado a ser uno que reconoce de manera creciente su diversidad cultural e identitaria. Se transitó así de lo único a lo plural, de lo monolítico a lo múltiple, de 'la' cultura y 'la' identidad a 'las' culturas y 'las' identidades.<sup>8</sup>

Este fenómeno social que podemos llamar de regreso a los orígenes auténticos de las sociedades y a sus culturas propias es ante todo una restauración, la restauración de realidades que siempre han permanecido si bien, a veces, de manera latente, bajo el peso del imperialismo centralista, el propio Blancarte dirá: “No es que México hubiera sido alguna vez un país culturalmente compacto e indiferenciado ni que sus pobladores tuvieran una sola identidad”.<sup>9</sup>

En efecto, nunca lo hemos sido, pero hay que ver el trabajo que ha costado permanecer fieles a la propia identidad y como no pocas regiones de México acabaron por perderla, o la redujeron a folclore turístico.

En conclusión, la vocación federalista es una vocación permanente de todos los conglomerados sociales, sólo que en cada época ha recibido distintos nombres y se ha salvaguardado de distintas formas culturales y jurídicas. Ha sido igualmente un proceso evolutivo que a lo largo de los siglos se ha enriquecido con todo tipo de experiencias y se ha enfrentado con obstáculos de variada especie, particularmente con esa otra fuerza uniformadora que hemos conocido en los siglos mexicanos como centralismo, que invariablemente ha resultado empobrecedor tanto en el campo cultural, como en el social y el económico. Trabajar pues por el federalismo exige por una parte depurarlo y, por la otra, seguirlo construyendo en aras de tener un estado sólido federado y, en consecuencia, una nación sólida.

8. Roberto Blancarte (coord.). “Introducción”. *Culturas e identidades*. México: El Colegio de México, 2010, p. 11.

9. *Idem.*